

LA IMPROBABLE TRADUCCIÓN DE *TRILCE*

THE IMPROBABLE TRADUCTION OF *TRILCE*

JULIO ORTEGA
Universidad de Brown

Haroldo de Campos fue, en Austin, el bienvenido, el anunciado, el enviado a convertir a los meros monolingües en alfabetos plurales. Todo lo que tocaba se convertía en verbo, y germinaba en frutos románicos, árboles barrocos, boscajes impresionistas. Hasta la yerba era una huella de la épica. El sol era de John Donne, la lluvia de Vallejo, el río de Eliot, el mediodía de Mallarmé, la tarde de Pessoa, la noche de Celan.

Acababa de publicar su *Galaxias*, un proyecto de construir, en efecto, un aparato significativo capaz de sustituir este mundo por otro, hecho a la medida de nuestros sueños. Este creacionismo, sin embargo, no suponía la mera ilusión de rehacer los orígenes sino un gesto rupturista, de estirpe vanguardista, que postulaba rehacer el devenir. Me explicó Haroldo que había querido que el lenguaje formase un bloque fónico y sígnico en cada página, como la piedra refundadora, deduje por mi cuenta, que es la materia prima de un arte de encender a la letra. Sus “galaxias” son el lenguaje en pos de otra función vital, decidida por el operador y postulada como otro texto para un lector harto de este mundo. Si Mallarmé había lanzado como un golpe de dados unas palabras que configuran el universo gráfico de un mundo paralelo, Haroldo de Campos nos entregaba bloques de lenguaje para esculpir la casa del habla a la medida de nuestras utopías actuales, globales y afectivas, esto es, nunca fijadas del todo. El libro, de por sí grande como un salterio, era el mapa de una lectura todavía inexistente.

Hasta caminar con Haroldo desde nuestro edificio —el Lantana Apartments, en la colina de West Avenue, hacia el *campus*, cinco o seis calles abajo, a Batts Hall, donde teníamos nuestras oficinas, y había tenido la suya, fugaz, Jorge Luis Borges—, resultaba un trote gramatical. Yo lo llevaba por mi ruta de siempre, cruzando aleros y pasajes de sombra para eludir el inclemente sol tejano. Haroldo no tardó en descubrir que mi ruta era barroca porque yo evitaba la línea recta cartesiana, como buen peruano hiperbóreo. No sólo había dado en el clavo, sino que me revelaba la

desconfianza en la línea entre dos puntos, cuya lógica expuesta suponía un mundo geométrico y siempre nombrable. La línea quebrada, en cambio, era una estrategia, y Lezama Lima la habría aprobado como un trabajo gratuito por rehabilitar la ciudad de los afectos.

Una de esas mañanas tempraneras Haroldo despertó con otra idea improbable:

-He decidido, me dijo, que traduzcamos juntos al portugués unos poemas de Vallejo del libro más difícil de la lengua española, *Trilce*, pero sólo los imposibles de traducir, aquellos que nadie haya descifrado y resulten enigmas sin glosa creíble.

-Pero, Haroldo –me defendí–, si no se entienden en español serán sólo parodias en portugués.

-El trabajo será –respondió, con fervor renovado– encontrar en portugués un grado de incompreensión plenamente equivalente. ¿Te das cuenta de nuestra suerte? ¡Intentar traducir lo absolutamente incomprensible! ¡Hacer imposible a la lengua portuguesa gracias a la ilegible poesía peruana!

-Pero Haroldo –seguí, heroicamente–, la lengua portuguesa posee un gran sentido común, no está hecha para ser torturada por Vallejo.

-No lo creas –replicó él–, acuérdate de los poetas sebastianistas, en Lisboa, que esperan todavía por el Demorado, y no olvides la *exaggeration*, amplificadora del coloquio de Río, gracias a la cual, en el lenguaje, ya ganamos el próximo mundial de fútbol. ¡El canibalismo de los poetas del Modernismo brasileño es una modesta cena comparado con la bomba de tiempo verbal de nuestro proyecto revolucionario!

Me puse a seleccionar los poemas más difíciles mientras Haroldo se declaraba complacido por mi edición de *Trilce* en Cátedra y leía en voz alta algún poema, saboreando su extrañeza como una ofrenda recobrada de una huaca inca. ¡Qué maravilla –exclamaba, relamiéndose–, la lengua portuguesa no sabe lo que le espera! Las sesiones de Vulcano fueron lentísimas, una palabra nos tomaba más tiempo que una frase y ésta más tiempo que una estrofa. Era, en fin, una economía contraria: a mayor esfuerzo menor producción. La palabra “caña” nos tomó un día: eran las cañas del paisaje, del trapiche, de la laguna? O la caña de licor de caña, como la cañaza brasileña? Elegir uno u otro significado llevaba al poema por un sendero comprometiendo todo el enigmático edificio. He aquí el hueco negro y su ampliación en portugués:

Zumba el tedio enfrascado
Bajo el momento improducido y caña.

Pasa una paralela a
ingrata línea quebrada de felicidad.

Me extraña cada firmeza, junto a esa agua
que se aleja, que ríe acero, caña.

Hilo retemplado, hilo, hilo binómico
¿por dónde romperás, nudo de guerra?

Acoraza este ecuador, Luna.

(*Trilce*, XXIX)

Haroldo de Campos produjo, bajo mi escepticismo asombrado, esta versión:

Zumbe o tédio enfarruscado
Sob o momemto improdutido e água-ardente.

Passa una paralela a passo
ingrato de requebrada linha de felicidade.

Estranha-me toda firmeza, à beira dessa
água que se afasta, aco que ri, ardente, água.

Fio retemperado, fio, fio binómico,
onde te vais romper, nó, górdio de guerra?
Encouraza este equador. Lua.

Es cierto que el poema es, en español, más hermético y severo, más ceñido y concentrado; en la versión portuguesa resuena más vocálico y aliterativo, quizá más fluido que hierático. El último verso era saboreado por Haroldo gracias a la elocuencia de ese punto seguido, que añade una pausa dramática de admiración lunar. Es una nota por demás vallejiana: un punto que resuena mudo.

Quizá la mayor libertad es culpa mía: “caña” le expliqué a Haroldo remite a “ron de caña” (sólo en España una caña es una cerveza) y, si imaginamos un paisaje de ingenio semi-industrial de contrastes geométricos: rieles, licor, canales de agua, trabajadores a destajo..., cabría asociar “caña” a aguardiente, aunque al explicitarlo el traductor requiera colaborar con el autor, intervenirlo, para reemplazar a la escritura (registro) con el coloquio (flujo). El punto seguido antes de Luna sugiere que el interlocutor es el poeta que canta a la luna, y torna al punto en relato. Nunca un punto seguido fue más elocuente.

Para introducir en nuestra fragua neptunesca una pausa local, llevé a Haroldo una tarde a tomar una cerveza con la tertulia permanente de lo poetas tejanos que constituían una suerte de fraternidad en torno a Robert Bonazzi, generoso amigo, poeta de lenguaje exploratorio, que escribía con un lirismo maduro y, a la vez, aliviado por su inglés de resonancia italiana y simetrías españolas. De inmediato percibí que Haroldo no estaba cómodo con la admiración de estos poetas, que evidentemente pasaban de la poesía a la yerba como si ambas abrieran espacios paralelos. Cada quien le ofreció a Haroldo una pitada de la manguerita conectada a una gigantesca garrafa hindú. Acudí a auxiliarlo y me pidió, en pánico, volver a casa. Nos despedimos con adiositos genéricos y dejamos sin responder las ofertas de pitadas que nos siguieron a la puerta. Yo sabía que estos poetas tejanos cultivaban jardines de yerba en sus patios, pero no imaginé que armarían una degustación colectiva para celebrar a Haroldo en vuelo.

Ya recuperados, nos reímos mucho y esa noche escribió un poema en el que decía preferir “la mezcalina de mí mismo”. Me obsequió una copia en un papel ambarino:

translatio

a chamada nébula Caranguejo
una constelacao de reversos
na desgaláxia des buracos negros

ou a órbita excéntrica de Plutao
meditada em Austin Texas
num party em Lavaca Street

tomei a mescaline de mim mesmo
e passei esta noite em claro
traduziendo *Blanco* de Octavio Paz

haroldo de campos
Austin tx
8 fev '81

Recuperado de Vallejo, Haroldo estaba listo para enfrentar a Octavio Paz en *Blanco*. Le escribió anunciándole el comienzo de la navegación, en la cual yo colaboraría

con primeros auxilios lingüísticos. Armados de diccionarios, nos atrincheramos para resistir las obligaciones mundanas y habitar, en portugués, el mandala paziano. Dos o tres veces tropezamos con algunos significados posibles, derivados del juego espejeante de las palabras, y Haroldo le escribió a Paz con preguntas puntuales que Paz resolvió con entusiasmo. Como Borges, Paz creía en las virtudes de la traducción. No sólo todo era traducible en un sistema de equivalencias sino que el poema adquiriría, en la otra lengua, una rotación inusitada. No se trata, concluimos, aunque el término sea esperanzado, del español o el portugués en el mundo sino del mundo en nuestra lengua. En la traducción, se diría, el poema se pone de pie y camina a paso ligero más allá de su paisaje.

Fue en este juego de elegir una palabra entre otras, viendo las equivalencias que el lenguaje canjea en la traducción, que tuve un estremecimiento antiguo y, cómo decirlo, absorto. Vi, de pronto, o creí ver y sentí, el lenguaje rotando en torno de la cabeza de Haroldo, como una luz arrebatada que reordenaba palabras, sonidos y alusiones, en una espiral permutativa que terminaba en la punta del lápiz de mi amigo, poseído por una transparencia feliz, anotando en silencio el dictado que el lenguaje le dejaba en las manos. Creí, entonces, que el traductor es elegido por el lenguaje para verse como otro lenguaje. Es verdad que Haroldo había sido elegido varias veces. Para traducir páginas de la Biblia aprendió el hebreo, para traducir a Li Po aprendió el chino... Entendí, así, que la mente de un traductor es un instrumento para exceder las fronteras y habitar el mundo; y, por lo mismo, debería ser reconocido como otra bravura de natura, poética y lingüística. Por eso Haroldo, deduje, sólo quiere traducir lo más laborioso, que siempre es lo más riesgoso.

Una de esas gloriosas mañanas tejanas, Haroldo llamó a mi puerta y me dejó un poema que había compuesto para responder a nuestras preguntas irresueltas:

Ex/planation

there is no
plain meaning
in a
poem

when one
begins to ex-
plain it
and reaches the
end

only the *ex*
remains:
dead end

(no exit:
try it
again)

haroldo de campos
austin tx, april 7, '81

Quise mucho a Haroldo. Y todavía lo echo de menos. El lenguaje no tiene previsto producir un sustituto de su culto. O tal vez el lenguaje sigue reconociéndose en sus muchos libros, poemas y traducciones. No menos extraordinario fue su afán de documentar las epifanías del camino. Todo lo tenía copiado, clasificado y preservado en su Archivo de los lenguajes en trance de sumar mundo. No se ocupó de reunir a sus amigos, aunque algunos coincidimos con él en coloquios, la última vez creo que en Madrid a propósito de la Feria del Libro. Contó él que se había encontrado con Nathalie Sarraute, y ella había dicho en un diálogo, que el barroco era un movimiento que ocurría más bien en las periferias, no en la Francia, más clásica. “Madame, intervino Haroldo, Rabelais es el mayor escritor francés y creo que podríamos considerarlo barroquizante, como lo bien demuestra Bajtin...”. Cada vez que Haroldo mencionaba a Bajtin yo temía se acordara de que los traductores de su gran *Rabelais* al español son un tal César Conroy, peruano, y Julio Forcat, argentino. El seudónimo es discreto ya que el tratado se tradujo del francés, y después por Michael Holquist, mi colega en Austin, traductor a su vez de Bajtin al inglés, confirmé que la traducción francesa era literal. Alguna vez, Haroldo me contó que otro escritor francés le había dicho que Severo Sarduy se había convertido en autor “telqueliano”. Haroldo respondió, no sin ironía: “Si Sarduy se ha *telqueleado*, se puede decir que los del grupo Tel Quel se han barroquizado gracias a él”. Intercambio de estilos, si los hay.

Ese mayo de la Feria madrileña coincidimos Haroldo de Campos, Severo Sarduy, el pintor mexicano Alberto Gironella, Julián Ríos y yo. Me acuerdo muy bien que una mañana en la Feria fui a la presentación de una novela de Severo y pasamos un rato charlando de buen ánimo como siempre con él, convocando la gracia de los amigos, cuando de pronto me dijo: “No tengo público, no ha venido nadie a que le firme un libro”. Yo seré el primero en comprar uno, respondí, y entre sus protestas, así lo hice. Mientras me firmaba el libro, como por un conjuro, apareció otro lector

y, en seguida, alguien más. Pronto, estaba rodeado de curiosos lectores y futuros seguidores. Se armó una gran tertulia. Le debo a Severo la mala reputación de que libro que toco se llena de lectores. Pero como era tan supersticioso, en una de sus novelas incluyó una frase de la nota que escribí sobre uno de sus libros.

Me fijé que justo al lado de su stand había un toldo pintado de modo simple con un paisaje habanero. Era un paisaje kitsch y llamé a Severo para que nos tomen una foto con lo que bien podría ser una imagen suscitada por su libro. Severo estaba encantado por cita t(r)ópica. Ese día fuimos a comer juntos Haroldo, Severo, Gironella, Julián Ríos y yo. Severo, como siempre, se apoderó de la charla y su ingenio fue un chisporroteo. Pidió, además, un platillo de anguilas tiernas, y dando alaridos de placer, las devoraba teatralmente. A Julián Ríos se le ocurrió que había que enviarle una postal colectiva a Octavio Paz para decirle, simplemente, que lo echamos de menos. Haroldo parecía un profeta bíblico de fin de semana madrileña. Vestía camisa colorida, blue jeans, y unos zapatones medievales. De pronto, Severo desapareció. Cuando volvió entendimos que había pagado la cuenta. Típico gesto suyo, y todo para recordarlo siempre.

Me despedí, sin saberlo, de mi amigo, cómplice, co-conspirador y colega, Haroldo de Campos, el Heraldo del Campus, en un coloquio que organizó David Jackson, mi excolega de Austin, y ahora profesor de Yale, dedicado a celebrar la obra del poeta más inventivo, nuestro *miglior fabbro*. “On Transcreation: Literary Invention, Translation and Poetics” tuvo lugar el 17-19 de octubre de 1999. Participaron, entre otros, Marjorie Perloff, de Stanford, notable estudiosa de la poesía moderna; la valiosa comparatista Leyla Perrone-Moisés, de la Universidad de Sao Paulo; y Jacques Roubod, de París, poeta de los mejor traducidos al español. Evoco ese coloquio con una sombra sobre la mirada: Haroldo luce de buena voluntad pero bajo de ánimo. Del tiempo fueron las horas, frutos de la melancolía, *donde* su alta risa resuena en el “circo ambulante” montado con Emir Rodríguez Monegal para seguir llevando la buena nueva latinoamericana por los pueblos de un mundo que recuperaba, en español y portugués, la gracia gratuita de la magnificencia literaria.

Todavía nos preguntamos por él, como si estuviese de vacaciones. David Jackson, en un coloquio sobre Pessoa, esta vez en Brown, lo recordó a propósito de la traducción, que él llamaba “transcreación”. Me di cuenta que nuestro amigo había previsto, desde la traducción como temporalidad, la metáfora de lo transitivo y lo transitorio del pensamiento sobre lo procesal que hoy nos define. Mientras otros se dedicaban a demostrar que la metáfora latinoamericana era la “resistencia” (idea derivada de la polarización de los años 60), desde la etnología se recuperaba, más bien, la capacidad dialógica de las lenguas originarias y las intermediaciones aborígenes, que postulaban distintas mediaciones y formatos donde se podía comprobar

la metáfora de la “reapropiación,” que José María Arguedas definió como “creatividad” popular. Desde las ciencias sociales como armazón disciplinario de unos “estudios culturales” (muy poco inspirados en el dialogismo bajtiniano que refrendó Stuart Hall), más bien de estirpe dialéctica, se promovió un esquematismo dualista (el español vs. las lenguas originarias, Arguedas vs. Vargas Llosa, cultura andina vs. cultura moderna, estatismo vs. democracia liberal...) que poco tiene que ver con la dinámica moderna de las culturas nacionales y sus articulaciones globales. Aunque a veces de uso complaciente, la “antropofagia” brasileña fue también una versión feliz del relato temporal (duradero si creativo, precario si pacificado) sobre la hibridez.

Me gustaría probar que Haroldo de Campos, en verdad, adelantó el área de lo transatlántico como una rearticulación de nuestra lectura global. Ese *trans* del trayecto, a través del lenguaje y más allá del espacio, declara la conceptualización de nuestra transitoriedad y, por lo mismo, la extraordinaria validez del evento, sin principio ni final, delicado y único, puro flujo de lo vivo, suscitado por la mirada recíproca y la palabra mutua. En esa dirección, y por distintas rutas, se fue forjando lo que me gustaría llamar el *modelo procesal* que disputa la organización del otro modelo, el *canónico-disciplinario*, más bien positivista, que ha cuajado en el pensamiento neoliberal y su fe ciega en el mercado, y ha impuesto el extravío de la ética de los afectos.